



«Buscando la felicidad», de Mulligan.

qué no lo descaban, y no había nada de heroico en su gesto. Era el tema de la película: esta depresión nerviosa que conocía Norteamérica y toda esta gente joven que perdíamos». Palabras de Robert Mulligan que sitúan con exactitud «Buscando la felicidad» («Pursuit of happiness») (1971), realizada inmediatamente antes de «Summer of '42» y «El otro», y que se estrena a las pocas semanas de la sorpresa causada entre nosotros por esta última.

De escaso éxito en Estados Unidos, apenas exhibida en Europa —en Francia, por ejemplo, no se ha proyectado—, «Buscando la felicidad» me parece una de las obras que con mayor justeza reflejan la crisis interior experimentada por Norteamérica a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta. Un país con tradiciones democráticas, basado constitucionalmente en la libertad del individuo, pierde su lógica más íntima, el motor de su comportamiento colectivo. Y ante ello, unos hombres jóvenes se revuelven, luchan por hallar ese sentido, esa línea de actuación que ha desaparecido. La diferencia con ciertas eta-

pas anteriores —los años cincuenta, por ejemplo— radica en el surgimiento de estos grupos, con plena conciencia de los términos en que la situación se desenvuelve. Pero también a ellos llega el cansancio, la desilusión, que provoca un choque frontal mil veces repetido contra la estructura del poder, sin apenas resultado. Precisamente una de las víctimas de esta desilusión, pero que no ha renunciado a encontrar, cuando menos para sí mismo, unos indicios de lógica en lo que sucede, es William Popper, protagonista de «Pursuit of happiness».

Ante un país cualquiera «que se ha vuelto loco», en que la simple constatación de la verdad ya resulta subversivo, sólo caben tres posturas: la revolución transformadora, la acomodación o la evasión. Popper —¿será una alusión al conocido filósofo?— ha mantenido durante cierto tiempo las dos primeras, hasta desembocar en la última, que es la narrada concretamente por el film. La acomodación le era sencilla, en cuanto pertenecía a una notable y tradicional familia, dentro de cuyo seno, y siguiendo las reglas establecidas, no habría tenido mayores

problemas. Su contacto con el «campus» universitario, su conocimiento crítico del país, le convierte en un militante convencido, capaz de arrastrar a otras personas (su novia Jane, por ejemplo) hacia un necesario combate político. Decrecido su entusiasmo en medio de una sociedad donde cuenta la apariencia y no la realidad, la tan cacareada justicia se reduce al criterio subjetivo de unos jueces y los prejuicios vencen sistemáticamente al análisis, a Popper no le queda otra salida que marcharse, irse de un país que ha entronizado la libertad en piedra, como en un disco de que restase inmóvil, de impedirle toda dinamidad. Se sueña con el símbolo, pero uno ha de dejarlo atrás si quiere gozar, aunque sólo sea individualmente, de él.

Como decíamos hace un par de semanas con respecto a «Detenido en espera de juicio», Mulligan elige aquí un caso individual para acceder a través de él hasta una problemática colectiva. Film contado en tono menor, no está exento de defectos, como el trazado de la protagonista, Jane, típico y tópicamente femenino «moderno» descrito por

un hombre, o cierto desequilibrio en los últimos veinte minutos. Ello no empaña su carácter «contestado» —la huida puede ser también—, la validez de «Buscando la felicidad» como cine político dentro de la producción «standard» norteamericana. Porque siempre que una obra sea capaz de remitirnos al contexto histórico en que se ha originado y nos haga más conscientes de él, nuestro juicio será positivo. ■ FERNANDO LARA.



Valencia: otra batalla perdida

Hace poco hablábamos en esta sección de Esperpento, de Sevilla. Citábamos allí —después de lamentar la prohibición de sus anunciadas representaciones en el TEI— algunas de las actividades desarrolladas por el grupo a lo largo de sus cinco años de existencia, viendo en ellas un serio intento de «descentralización». Entre otras razones, porque era una «descentralización» a partir de la «provincia» y no de Madrid.

En este sentido bien poco hay que añadir a lo que ya es una evidencia compartida por muchos. Las jiras, campañas o festivales planeados desde Madrid, a base de unas cuantas compañías y con la obligada discontinuidad, sólo pueden ser un «complemento» de la que hay que considerar como única actividad descentralizada posible: la que se realiza por actores de la ciudad, en conexión con la ciudad y dentro del proceso compartido por es-

pectáculos y espectadores. A eso habrá que llegar, y a eso se llegará algún día si queremos hablar de un verdadero teatro español.

Hago este comentario en relación con una mala noticia que me llega desde Valencia. Se trata de la interrupción del trabajo que Quart 23 venía realizando en el antiguo Cinema Valencia. Aquí mismo me referí hace algunos meses a los recitales de Ovidi Montllor presentados por Quart 23 en dicha sala; también nuestros lectores han sabido del montaje de «Las salvajes en Puente San Gil», de Martín Recuerda, por el propio grupo teatral de Quart 23, que dirige Díaz Zamora. Ha sido una batalla iniciada el 6 de junio de 1972 e interrumpida cuando «Un sabor a miel», estrenada por los de Quart 23, llevaba veinticinco representaciones. Entre Martín Recuerda y Shelagh Delaney; recitales de Montllor, Raimon, María del Mar Bonet y Enrique Morente, más un programa infantil con obras de Lauro Olmo y Pilar Enciso, y la presentación del grupo Támano, con «El retabillito de don Cristóbal». Lo que en el conjunto de un año y dentro de la vida teatral valenciana debe ser considerado como un trabajo sobresaliente.

Parece ser que la «ruptura» entre la empresa del Valencia Cinema y Quart 23 se ha debido a que aquélla ha querido programar por su cuenta y ha cortado la temporada de «Un sabor a miel». Naturalmente, no entramos ni salimos en los derechos que tuviera para hacerlo dentro de sus compromisos con los de Quart 23. Lo que sí parece claro es que con esta «ruptura», Valencia puede perder la personalidad de un local que ya empezaba a contar decisivamente en la vida teatral de la ciudad.

Cierto que «aún queda» el Principal, cuyo destino, al menos de

momento, no corre el peligro de otros ex teatros que murieron de aburrimiento. Pero no deja de ser sintomático que siendo el Principal un teatro de la Diputación, sea en locales como el Valencia Cinema —donde, en busca de rentabilidad, se «probó todo», incluso el boxeo y la lucha libre, antes de confiárselo a los de Quart 23—, muy mal dotados técnicamente, donde se intente realizar un tipo de trabajo joven y coherente.

Sé que no todo es Quart 23 en la lucha de ciertos sectores valencianos por dotar a la ciudad de decoro teatral. Pero considerando las escasas armas de que disponen, no hay duda que el «cierre» del Valencia Cinema es una catástrofe, a menos, cosa difícil, que se consiga trasladar pronto a otro local la imagen que allí había comenzado a crearse.

¿Cuándo acabará esta ya ridícula agonía del teatro «de» nuestras capitales de provincia? ¿Cuándo las autoridades provinciales se darán cuenta que su gestión no consiste únicamente en hacer estacionamientos de autobuses, ampliar las instalaciones hoteleras y cosas por el estilo? ¿No es, por ejemplo, tragicómica toda la pretensión cultural, a escala ciudadana, de Valencia, si ni siquiera madriguera y refugios teatrales como el Valencia Cinema son posibles?

Y nadie diga que esa es materia que debe resolver la «iniciativa privada». No lo dicen ya ni en Inglaterra, donde, además de la fuerte tradición liberal de que gozan, el teatro no se ve sometido a ningún tipo de censura. Aquí, en cambio, todo se nos muere en las medias tintas, sin poder llevar nuestra iniciativa hasta las últimas consecuencias, ni recibir tampoco del Estado el trato que por su función social el teatro merece.

La «muerte» del Valencia Cinema como sala de Quart 23 es sólo

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

un pequeño capítulo de la miseria teatral de nuestros días. ■ JOSE MONLEON.

CANCION

Nuevas aventuras de Paul Simon

«Cuando pienso en toda la basura que aprendí en el colegio/me maravillo de que hasta sea capaz de pensar». Así comienza el nuevo álbum (1) de

(1) PAUL SIMON: «There Goes Rhymin' Simon» (CBS 69.035 E).

Paul Simon, barriendo de un golpe todos los temores que su anterior LP nos había dejado. Allí nos encontramos con un Paul Simon obsesionado con la muerte, la decadencia física, la inseguridad personal y la bancarrota moral de su país, comunicando un clima de depresión que se acentuaba por la aridez (con dos o tres excepciones) de las melodías. Como el primer álbum de John Lennon, se trataba de una obra importante, porque ampliaba el espectro de posibilidades expresivas «permitidas» en un disco de «rock», pero su escucha era difícil. ¿Haría que considerar a Paul Simon como otra víctima del irrespirable ambiente de la América de R. Nixon?

«There Goes Rhymin' Simon» es todo lo contrario, un disco eminentemente agradable de

escuchar. Paul no ha perdido su habilidad para reducir los sentimientos humanos a su más descarnada realidad o para comentar con precisión e ironía sobre la vida contemporánea, pero ha vuelto a engarzar sus historias en música luminosa y accesible. El resultado es un disco exquisito, que debiera ser escuchado por los que no compran más de un disco al año y por los que desprecian a Paul Simon por su popularidad.

Mientras que la tendencia general entre los cantantes-compositores es endulzar sus canciones con el sonido «country», Paul ha evitado lo obvio y se ha ido hacia el otro extremo, a la música negra. Si en los anteriores LPs usó el folklore peruano o el «reggae» de Jamaica, lo más destacable en su nuevo disco es la bri-

llante utilización de elementos «gospel». El interés de Paul por el «gospel» no es nuevo («Bridges over troubled water» está basada en una canción religiosa), y aquí ha invitado a varias primeras figuras del género para acompañarle vocalmente en tres canciones, además de mencionar a Tony Heilbut —autor de «The gospel sound»— en los créditos del disco. El reverendo Claude Jeter, antiguo solista de los Swan Silvertones, canta con su rico falsete una estrofa de «Take me to The Mardi Gras», una irresistible evocación del carnaval de Nueva Orleans que maneja todos los tópicos —incluidos la banda de dixieland—, pero que triunfa por su propia simplicidad y alegría. Los Dixie Hummingbirds dan un aire de balada de los años cincuenta a «Tender-

ness» y se superan en «Love me like a rock», donde la solidez de sus poderosas voces transmite la arrogancia del personaje, un «self-made-man» que afirma deber todo a su madre.

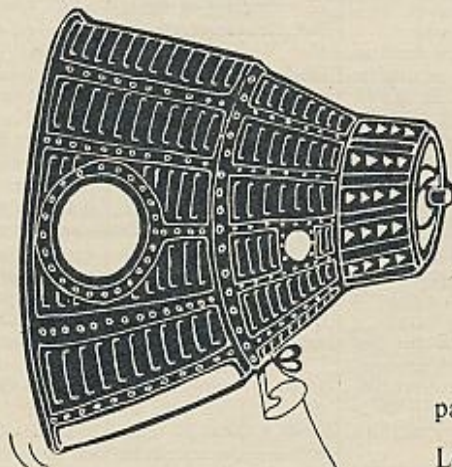
No es que Paul Simon no pueda cantar solo. De hecho se muestra como un cantante más que adecuado, que no necesita de la lujosa garganta de Arthur Garfunkel para llevar adelante sus canciones. Los músicos que le acompañan son la crema de los «session men» de los estudios de «soul», y tocan con el gusto y economía acostumbrados. Los arreglos orquestales —con más nombres famosos— son discretos, y sólo dominan en «American tune», un grandioso réquiem por el sueño americano y sus víctimas-actores. Un contraste total con «St. Judy's

Comets», una sinuosa y delicada canción de cuna para su hijo, que es la sorpresa del disco.

Hay otras cinco canciones más en el disco, pero voy a parar aquí, porque no tiene sentido el describirlas. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

ARTE

Acabo de llegar de Bilbao y no me ha dado tiempo de visitar aquí ninguna galería que me permita un comentario. Tampoco puedo comentar la exposición de Barcaldo, por cuya clau-



Sony...y la progresiva técnica

Todos los aparatos Sony han sido pensados para hacerle más agradable la vida.

Los Televisores, Magnetófonos, Radiotransistores, equipos Hi-Fi, Cassettes y Radiocassettes que fabrica Sony, lo demuestran en todo el mundo.

Y por si los maravillosos diseños Sony, su fantástica agilidad y la alta calidad de imagen y sonido le parecieran pocas ventajas, Sony siente verdadero orgullo, al poderle hablar de su perfección técnica, siempre en vanguardia de la electrónica.

Cada Sony es un testimonio audiovisual del progreso en la técnica.

SONY

